

Prefacio

En la América de los años cincuenta, la segregación está a la orden del día. En las revistas, las dependencias públicas, los transportes colectivos, los parques... todo está cuidadosamente pensado para que los blancos no tengan que «soportar» la presencia de los negros. Considerados como seres inferiores, se les califica de sucios, primitivos y transmisores de toda clase de enfermedades. Para la mayoría de los blancos, resulta simplemente inconcebible bañarse en las mismas piscinas, usar los mismos baños, entrar por la misma puerta o ser enterrados en el mismo cementerio que ellos.

Sin embargo, gracias a la presión de distintas organizaciones, los tiempos empiezan a cambiar. Es así como, en mayo de 1954, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos toma una

de las decisiones más importantes de la historia social de su país. Declara inconstitucional la segregación racial en las escuelas públicas con la sentencia *Brown versus Board of Education of Topeka* y pone en cuestión una norma que se estaba aplicando desde hacía ochenta años. La doctrina «separados pero iguales» ya no tiene cabida en la educación: en adelante, los negros podrán beneficiarse de la misma enseñanza que los blancos.

Aunque la decisión es relativamente bien acogida en el norte del país, provoca indignación e ira en los estados del Sur, con una tradición segregacionista más fuerte. De hecho, el *Daily News* de Jackson (Mississippi) publica al respecto: «Es muy posible que se derrame sangre en el Sur por culpa de esta decisión, pero lo que se manchará será la escalinata de mármol blanco del Tribunal Supremo. Juntar niños blancos y negros en las mismas escuelas conducirá al mestizaje, el mestizaje a los matrimonios mixtos, y los matrimonios mixtos a la degeneración de la raza humana».

En ese contexto de oposición general, el prestigioso Instituto Central de Little Rock (Arkansas) decide sin embargo sumarse al proceso de integración. Al cabo de tres años de trabajos de preparación, acaba permitiendo el acceso a nueve estudiantes negros, previamente seleccionados por su comportamiento y su expediente escolar. Nueve adolescentes negros que tendrán que estudiar entre dos mil quinientos blancos.

Acosados y humillados constantemente, expuestos a un peligro real, esos jóvenes, que solo tenían entre catorce y diecisiete años (Ernest Green, Elizabeth Eckford, Jefferson Thomas, Terrence Roberts, Carlotta Walls, Minnijean Brown, Gloria Ray, Thelma Mothershed y Melba Pattillo), solo permanecerán en el instituto un año. Un año de violencia extrema, que nos

hace tomar conciencia del largo camino que se ha recorrido desde entonces y, sobre todo, del valor que precisaron para iniciarlo.

Una de las protagonistas de esta novela, Molly Costello, está inspirada en Melba Pattillo, cuyo increíble testimonio se puede leer en su autobiografía *Warriors don't Cry, a Searing Memoir of the Battle to Integrate Little Rock's Central High* (Washington, Square Press, 1994).

Aunque la mayoría de los acontecimientos y los personajes que presentamos aquí son ficticios, también se describen sucesos inspirados en hechos reales, aunque novelados (como se puede ver en los ejemplos que cita a continuación entre paréntesis, se refiere a los acontecimientos, no a los personajes: episodios del 1º día de clase, cuenco de Chile). El objetivo no era escribir una lección de historia, conforme en todo a la realidad, sino reflejar la brutalidad de aquellos días que Melba Pattillo y sus ocho compañeros tuvieron que sufrir en el Instituto Central. Ya que se trata ante todo de una ficción, los nombres de los protagonistas se han cambiado.

Sin embargo, el tira y afloja políticojudicial (los juicios en diferentes tribunales, las intervenciones del gobernador Faubus y del presidente Eisenhower), que aparece reflejado de manera simplificada y no exhaustiva, es completamente real.

*M*ayo de 1954

Ms Carter contempló un momento a sus alumnos.

Era una mujercilla regordeta, de mirada clara y penetrante, profesora en el instituto Horace-Mann desde hacía unos diez años.

—¿Qué decís? —preguntó—. ¿Alguno de vosotros quiere presentarse voluntario?

Nadie contestó. Por la ventana abierta entró una mosca y voló derecha hacia la profesora, que la espantó con un movimiento del brazo.

Tras esperar unos segundos, Ms Carter recogió las hojas desplegadas ante sí y las guardó en una carpeta de cartulina gris.

—Muy bien. Pues pasemos a otra cosa.

La mosca volvió a revolotear alrededor del pelo de la profesora, antes de posarse en una esquina de su escritorio.

Fue en ese momento cuando Molly Costello notó que su brazo se levantaba. Al principio despacio, luego con más seguridad, hasta alcanzar su posición final, con el índice apuntando hacia el techo desconchado.

Ms Carter, ocupada repartiendo unas policopias, no se dio cuenta inmediatamente. Fue Trevor Forman, un repetidor de trece años, el que le llamó la atención.

—Hey Molly, ¿estás chiflada o solo quieres señalar que el techo está asqueroso?

Estallaron varias risas por la clase y Ms Carter se dio media vuelta, dejando caer las gafas sobre su blusa almidonada. Miró a la jovencita con una mirada interrogante.

—Sí, Molly. ¿Qué ocurre?

—Estoy de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué?

—En intentarlo.

Ms Carter se quedó petrificada. Con el ceño fruncido, miró fijamente a Molly, que no sabía muy bien cómo interpretar su comportamiento. ¿Sorpresa? ¿Orgullo? ¿Preocupación o desaprobación?

—¿Estás segura?

Molly asintió con la cabeza, mientras sus compañeros la miraban boquiabiertos. A su lado, su amiga Suzanna le susurró:

—¡No lo dirás en serio! ¡No irás a hacer eso!

Molly se encogió de hombros. Después de todo, tampoco tenía mucho que perder. Entre una sentencia judicial y la realidad aún había mucho camino que recorrer.

Y además, ¿quién sabía? Si al final ocurría, sería una historia como para no perdérsela.



Grace

Verano de 1957

La voz de Johnny Mathis se extinguió y la habitación volvió a sumirse en un tedio silencioso, con el aire cargado de humedad. Era una tarde sin brisa, lenta, que incitaba a la modorra.

Brook Sanders se dejó caer de espaldas en su cama, perezosamente.

—Este hombre me va a volver loca... —alzó una ceja, que cobró la forma de un acento circunflejo—. Estoy segura de que huele divinamente. Como un olor distinguido, pero muy viril. La clase de perfume que se lleva en París, ¿sabéis?

A su alrededor, las tres amigas sonrieron.

Tumbada sobre la colcha de flores, Grace Anderson, rubia y menuda, se imaginaba olisqueando el cuello del cantante, delante de una horda de *groupies* histéricas de celos.

Sentada al borde de la cama como para ocupar el menor espacio posible, Judy Griffin seguía con la mirada las curvas del rostro de Johnny Mathis, que le sonreía desde la carátula del disco de vinilo. Su natural timidez y contención le impedían decirlo en voz alta, pero ella también se veía, en su mente, besando rabiosamente al cantante.

En cuanto a Dorothy Mitchell, hija del propietario de uno de los bufetes de abogados más importantes de Little Rock, había dejado de hojear uno de los últimos números del *Seventeen*. Estaba sentada en una mecedora que emitía un pequeño chirrido reconfortante con cierta cadencia, a cada balanceo. Tras imaginar ella también el olor varonil de Johnny Mathis, regresó a la lectura de un artículo que tenía a medias y que prometía «un maquillaje natural en menos de ocho minutos».

Con su amplia falda con enaguas, Grace parecía aún más delgada de lo que ya era. En todo caso, demasiado, para su gusto. Le parecía que tenía silueta de niña.

Con los ojos brillando de malicia, rodó de lado hasta encontrarse frente a Brook:

—Ya, pero al lado del movimiento de caderas de Elvis, ¡reconoce que tu Johnny puede volver a vestirse, si quiere!

En su rincón, Judy se puso colorada como un tomate. Cuando se dieron cuenta, sus amigas se echaron a reír a carcajadas. Grace puso los ojos en blanco.

—Judy, ¡pero qué mojugata estás hecha! ¡Suéltate un poco el pelo, que estamos en 1957!

Agarró a la chica por el brazo y la arrastró al centro de la habitación canturreando la letra del último éxito de Elvis Presley:

Baby let me be,
your lovin' Teddy Bear

Put a chain around my neck,
and lead me anywhere

A Grace le parecía muy divertido. Estaba desplegando todas sus energías para conseguir que Judy se moviera, pero esta observaba sus gestos obviamente sin saber qué hacer con su cuerpo, con la espalda rígida como una roca.

Para motivarla, Grace se puso a cantar más fuerte, y después empezó a hacer una imitación afectada del cantante:

Oh let me beeeee
Your Teddy Beaaaaar

Brook se tronchaba de risa. Pero intentó volver a ponerse seria y se incorporó:

—¡Shhh! ¡Para ya, Grace! ¡Si mi madre te oye cantar a Elvis, te puedo asegurar que no volverás a pisar esta casa!

Judy aprovechó su intervención para retirar sus manos de las de Grace. En su casa, como en la de la mayoría de las chicas de buena familia, ese cantante estaba prohibido. Incluso la prensa lo ponía en la picota, denunciando esa manera obscena de moverse que tenía. «Si hiciera eso en la calle, lo arrestarían», se había podido leer en el *Times Magazine* pocas semanas antes.

Grace se dio unos cachetes en las mejillas, enrojecidas por el esfuerzo y por el calor de esos primeros días de agosto, antes de añadir:

—En cualquier caso, he oído decir que va a dar un concierto aquí.

—¿Estás segura? —dijo Brook, levantándose de la cama—. ¿En Little Rock?

Grace asintió con la cabeza.

—Es oficial. Lo leí en *El Correo de Arkansas* hace unas semanas.

Al oír el nombre del periódico, Brook, Dorothy y Judy se quedaron pasmadas. Miraron fijamente a su amiga como si acabase de decir que se iba a rapar la cabeza.

—¿*El Correo de Arkansas*? ¿Ese periódico de negros? Pero Grace, ¿cómo diablos...?

Grace se encogió de hombros:

—Tranquila, nunca me he gastado un centavo en ese periódico. Minnie, nuestra criada, es la que me recortó el artículo. Sabe que me encanta.... mmm... *Pelvis*.

Grace le lanzó una mirada burlona a Judy y se echó a reír. Incomodarla era casi demasiado fácil.

Brook se llevó la mano al corazón, sobre el delicado broche de esmeralda y rubí que su madre le había regalado al cumplir los quince. Grace lo estaba mirando de reojo desde que había llegado.

—Así me gusta. De verdad, por un momento he creído que habías perdido la cabeza. De todas formas, yo en tu lugar no estaría tan segura. En ese periódico no dicen más que sandeces.

Dorothy, que había cerrado su revista, jugueteaba con sus rizos morenos. *El Correo de Arkansas* pertenecía a Maxene Tate, una activista negra que había sido elegida recientemente como dirigente de la rama local de la NAACP¹ y que estaba muy decidida a luchar por los derechos de su comunidad.

1. National Association for the Advancement of Colored People [Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color], asociación que defiende los derechos y la justicia para la población negra de los Estados Unidos.

—Mi padre dice que esa tal Maxene es un peligro para la cohesión del Estado. Que incluso podrían denunciarla por eso.

Brook fue más lejos:

—Totalmente de acuerdo. Habría que encerrar a esa negra de mierda. ¿Os acordáis de hace tres años, después del juicio Brown no sé qué?

—El caso Brown versus Board of Education of Topeka —precisó Dorothy, que por ascendencia estaba más familiarizada con las cuestiones legales.

Las otras tres asintieron. Ese fallo del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, la institución más alta del país, había provocado semejante seísmo que era imposible olvidarlo. En fin, aparte del nombre, claro.

Brook hizo un gesto con el índice contra su sien, dando a entender que estaban locos.

—¡Como si los negros pudieran ir a los mismos institutos que nosotros! Es para troncharse de risa.

—De verdad que no comprendo la obstinación de esa loca —añadió Dorothy—. ¿Es que se cree que convence a alguien? Todos los estudios científicos demuestran que la raza blanca es superior a la negra en todos los aspectos. Y punto.

—Lo demuestra incluso la forma de su cráneo² —subrayó Brook—. Esos negros viven como salvajes, se revuelcan en el alcohol, el sexo y el ruido. Por algo será que han sido ellos nuestros esclavos, y no al revés.

Pegó un suspiro.

2. La frenología es una teoría según la cual la forma del cráneo del ser humano refleja su carácter. Fue usada especialmente por los defensores del racismo para legitimar la distinción entre las “razas” y su clasificación.

Del título original en francés:

Sweet Sixteen

Publicado por primera vez por Casterman

© del texto: Annelise Heurtier, 2013

All rights reserved

© de la traducción: Cristina Ridruejo Ramos, 2017

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2017

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Fotografía de la cubierta: Sept. 4, 1957 - Lt. Col. Marion Johnson, commander of National Guard troops, turns back a group of African Americans seeking to enter Central High School today. LTC Johnson was acting on orders of Governor Faubus not to admit them. Public Domain.

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-9743-767-7

DL L 48-2017

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.